

Tú no Respondes

Un sermón para la Pasión, basado en Salmos 22:2

Por el Rev. H. Hofman (Sr)

Lectura Bíblica: Salmos 22

Salterio 47:1,2

Salterio 216:3, 4

Salterio 83:1-3

Salterio 312:1-3

Congregación, le pedimos su atención a la palabra de Dios que hemos leído del Salmo 22. Nos enfocaremos en el segundo versículo, solamente estas palabras: “*Y no respondes*”. En este versículo consideraremos:

El Silencio de Dios

Reflexionaremos en los siguientes tres pensamientos:

- 1. El silencio de Dios muestra Su justicia;**
- 2. El silencio de Dios muestra Su ira;**
- 3. El silencio de Dios muestra Su amor.**

1. El silencio de Dios muestra su justicia

Tú no respondes. Congregación, ¿alguna vez has experimentado que no hay respuesta? Pienso que todos hemos experimentado esto en nuestras vidas diarias, porque vivimos en un mundo roto. Nuestra familia también sufre por la ruptura muchas veces. Piensen, por ejemplo, en un padre que no dice nada, o en una mamá que no responde a sus hijos. O piensen en la falta de comunicación entre el esposo y su esposa. ¡El esposo le pregunta algo a su esposa y no obtiene respuesta! ¡O la esposa dice algo a su esposo pero él no responde! O piensen en un niño compartiendo algo con sus padres sin obtener respuesta. No necesito dar más explicación; todos ustedes saben lo que esto significa: algo está roto. Significa que no se lleva a cabo la comunicación. Ojalá que esto no dure mucho tiempo, pero también podría durar por un largo periodo de tiempo. Otra vez les digo: vivimos en una sociedad rota. En la vida familiar, todo tipo de circunstancias pueden causar estas situaciones. También, el silencio o la falta de comunicación puede producirse en varios grados: podría durar una hora o media hora, pero podría durar también uno o varios

días. En algunas situaciones las relaciones quedan rotas por siempre.

¡Cuán terrible es cuando no hay oído que escucha! ¡Cuán horrible cuando no hay comunicación en el matrimonio o comunicación en la familia, cuando el vínculo de la unidad está roto! Congregación, esto no es un silencio natural. Al contrario, es un silencio tenso, un silencio doloroso, un silencio que perfora nuestro corazón y hiere nuestros sentimientos. Este silencio afecta los tiernos vínculos del amor, porque los sentimientos buscan expresiones de amor. No somos pedazos de madera o de piedra. La sociedad necesita comunicación para funcionar bien. Nos comunicamos teniendo conversaciones unos con otros, haciendo preguntas y obteniendo respuestas, respondiéndonos el uno al otro. El amor requiere tal comunicación; requiere hablar, expresarnos. Pero un silencio deliberado indica que la comunicación se ha cortado. Alguien dice algo o hace una pregunta, y con todo, no hay respuesta, nadie que escuche.

Congregación, ese es el tono oscuro al principio de este Salmo: “*Dios mío, clamo de día, y no respondes.*” El Salmo 22 es un Salmo de David. Leemos: “Al músico principal; sobre Ajelet-sahar. Salmo de David.” David está en angustia. Sus enemigos lo rodearon. Muchos toros lo cercaron: Fuertes (toros) de Basán me han cercado (v. 12). En otras palabras el mundo impío lo atacó. Fuertes y poderosos enemigos avanzaron con la intención de matarlo. El mundo estaba a punto de devorarlo, y en su angustia, en su necesidad y pesadez de corazón, David miró a su alrededor a ver si alguien vendría en su ayuda. Pero... los hombres no lo escuchaban. ¡Qué horrible soledad!

Algo está roto. El vínculo de la unidad está cortado. El mundo lo echó fuera. ¡Esto es serio! Pero su corazón clamó a Dios: “*Dios mío, clamo de día...*” Él clama al cielo que Lo escuche, a su Dios que Lo ayude. Su corazón, toda Su existencia clama a Dios. Implora al cielo por ayuda y alivio. Sin embargo, leemos: “Y no respondes.”

Congregación, algo está roto. No sólo “algo,” más bien, el vínculo de la unidad está roto, ¡la misma comunión con Dios! ¿Qué implica esto? Significa la muerte, significa la ruina. Significa que Dios está infinitamente lejos. No sólo se ha alejado de Él el mundo, no sólo está lejos de sus amigos u otras personas, sino que ¡Dios también se ha distanciado! Ya no hay la comunión con Dios. “Y Tú no respondes” Tal era el clamor del alma del poeta de este Salmo, congregación. David está sufriendo.

No sabemos cuándo David escribió este Salmo, ni conocemos las circunstancias en las que lo compuso. Pero sabemos esto: David, el hombre conforme al corazón de Dios, el dulce Salmista, fue privilegiado aquí de ser testigo como profeta del Varón de dolores. Después de todo, fue Jesús quien citó este Salmo en una de sus últimas palabras en la cruz: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” (Mateo 27:46)

A través del espíritu de profecía, David retrata el sufrimiento de Cristo. Él muestra las profundidades del sufrimiento del Salvador y las imágenes del Mediador, el Señor Jesucristo, en sus más grandes agonías. Más allá de David, vemos y escuchamos de la boca del Señor Jesucristo, “*Clamo de día, y no respondes,*” mientras el mundo maldice, se burla y hace aullidos. Cristo estaba sufriendo una agonía infernal, y Su alma clamó: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” - leemos estas asombrosas palabras, “*y tú no respondes*” - Dios se queda en silencio.

Congregación, el silencio de Dios tiene un significado inmensamente importante. Muestra que la comunión con Dios está rota. Piensen en ello por un momento; la comunión con Dios rota. En el Paraíso, Dios conversó con Adán y Eva. Se comunicaban el uno con el otro. La queja “*y tú no respondes*” no se escuchaba. ¡En el Paraíso había la vida! Porque la vida, congregación, es vivir en comunión con Dios, nuestro Creador y Hacedor. ¡Eso es vida!, no lo que imaginamos que es vida. ¿Qué pensamos que es la vida? Congregación, cualquier cosa aparte de la comunión con Dios constituye la muerte. Sólo la comunión con Dios es vida. Pero en este texto dice: “*Y tú no respondes.*” Aquí encontramos la justicia de Dios, porque hemos roto la comunión con Dios. Dios se rehúsa a escuchar y a responder, y Él revela su santa justicia. “*Y tú no respondes*”.

2. El silencio de Dios muestra su ira

¿Por qué están nuestras vidas tan muertas, tan estériles y vacías? Es porque tenemos una comunión rota con Dios; Él está enojado con el pecado. Pienso que todos podemos entender esto si vemos un ejemplo de nuestra vida diaria: ¿Por qué tu esposo no responde, o por qué tu esposa no responde cuando dices algo? Es porque él o ella está molesto contigo. Lo mismo pasa con los niños. No te hablan porque

están molestos contigo, o tú con ellos. Nadie responde; no hay un oído que escuche; la comunicación se ha cortado.

Leemos en 1 Samuel 28:15 que Saúl dijo: “*Estoy muy angustiado, pues los filisteos pelean contra mí, y Dios se ha apartado de mí, y no me responde más*”. Y en Job 30:20 leemos: “*Clamo a ti, y no me oyes; Me presento, y no me atiendes*.” Oh, Dios muestra Su ira cuando Él no responde. Un Dios que no escucha es un Dios molesto. Congregación, este silencio revela la ira de Dios por nuestros pecados. Por Cristo, el hijo de Dios, el varón de dolores, el silencio de Dios significa la muerte.

Dios exige la muerte del hombre. Especialmente en las semanas de la pasión consideramos la muerte del Señor Jesucristo. Les urjo, congregación, no separar Su muerte de nuestra muerte. No lo consideres aparte de nuestro deliberado rompimiento con Dios. De acuerdo con nuestra elección y voluntad, hemos olvidado la fuente de agua viva, y nos hemos vuelto nuestras espaldas a Él. En lugar de eso, nos hemos vuelto a cisternas rotas que no contienen agua. Hemos rechazado la vida y olvidado la luz. Hemos escogido la muerte y amado las tinieblas más que la luz.

Tú no respondes. Esto muestra que Dios está molesto por causa del pecado. Habla de un Dios que está enojado con el pecador que ha cortado su comunión con Él. La ira de Dios viene a través de Su silencio. Él no puede anular ninguna parte de su justicia. Dios no escucha al hombre pecador. Oh, aquí el pecado es juzgado; el cielo está cerrado, y se ha perdido la comunión con Dios. Congregación, el Señor testifica cuando se mantiene en silencio. Cuando no hay comunión con Dios, Él testifica a través de este silencio; es un acto de Dios. *Tú no respondes.*

¿Cuál es el efecto del silencio de Dios? Muchas veces endurece nuestro corazón. Comenzamos a desconfiar y acusar a Dios de ser injusto y sin amor. Nos consideramos más justos que Dios, y más sabios que Él también. Pensamos que nosotros responderíamos mejor y diferente. De cualquier manera pensamos que somos más misericordiosos que Dios. Pensamos: ¿Acaso fue realmente tan malo tomar ese fruto en el Paraíso, tan terriblemente mal de modo que tuvo como resultado que toda la humanidad fuera concebida en pecado y formada en iniquidad?

Oh, este silencio de Dios nos irrita y nos endurece cuando comenzamos a acusarlo de injusticia.

Cuando Dios no escucha, consecuentemente huimos de Dios, temblando, justo como hizo Adán. Hace que la brecha entre Dios y nosotros se haga más grande y profunda. La separación es definida e irreparable; ¡no hay vuelta a atrás!

Congregación, ¿describe esto nuestras vidas? Ah, pienso que, de alguna manera, todos sabemos qué significa “*tú no respondes*.” ¿Qué piensas de tu vida de oración? Quizá tu respuesta sea esta: “He llorado muchas veces sobre ciertos asuntos en nuestra familia y en la sociedad, pero nada sucede.” ¡No hay respuesta! “*Tú no respondes*.” Con toda honestidad, ¿cuáles son los pensamientos de nuestro corazón? ¿Consideras injusto que todo vaya muy bien en la vida de otra persona y no en la tuya? ¿Qué hay de Asaf? Oh, él notó que los malvados tenía una vida buena. ¿No piensas que él oró por prosperidad y que sus aflicciones se acabaran? Sin embargo, “*Tú no respondes*” Se llenó de amargura su alma, y “en su corazón sentía punzadas,” es decir que estaba insatisfecho (Sal. 73:21). Asaf se puso rebelde. Según él, el Señor fue injusto mientras se mantuvo en silencio, y cuando no respondió. Asaf comenzó a acusar al Señor cuando no cumplió sus deseos. Congregación ¡qué es el hombre! ¿Qué pensamientos le suben al corazón cuando, en Su ira, Dios “no responde”?

“*Tú no respondes*”. También sucedió en Gólgota. Oh, la copa de la ira de Dios fue derramado sobre el unigénito Hijo del Padre, mientras que los espectadores se burlaban. En Gólgota, la amarga copa, llena de la justicia de Dios la cual requiere ira, está puesta en Su mano. Y toda la culpa del pecado de Su Iglesia es echada sobre él. ¡Y Él lo acepta! Profundo y aún más profundo Él desciende bajo el peso de la mano de Dios. Ciertamente de Él se puede decir lo que David afirma en el Salmo 32: “*Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano*” (Salmos 32:4).

Así la mano de la justicia de Dios pesaba sobre Cristo en Sus amargos sufrimientos. Sin embargo, Él bebió de Su propia voluntad de la copa de la ira de Dios. Escucha el llanto de los labios del Fiador, brotando desde el corazón del Mediador: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?*” Los principales sacerdotes, los escribas y los soldados lo escucharon clamar: “*Elí, Elí, ¿lama sabactani?*” Pero, “*Tú no respondes*”. El mundo, con los principales sacerdotes, los escribas y los soldados, se fijaron y dijeron “*Mirad, llama a Elías...*

Dejad, veamos si viene Elías a bajarle.” (Marcos 15:37).

Oímos lo mismo de los malhechores que estaban crucificados con Él: “*A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar*” (Mateo 27:42). Lo que ellos quieren decir es, “¡Vamos a ver si recibe una respuesta!”

¡*Tú no respondes!* Oh, congregación, qué profundo, ¡no hay respuesta! Mientras Jesús experimentó la más profunda agonía en Su alma, llevando una carga que ningún humano ha llevado jamás (ni sería capaz de llevar), y presionado por la carga de la profunda y eterna ira de Dios, la carga de todo el pecado original y activo de Su iglesia, ¡Él no recibió respuesta! No había nadie que Lo ayudara, nadie que compartiera Su carga, nadie con quien Él pudiera compartir su aflicción, nadie que quisiera escucharlo. *Tú no respondes.*

Congregación, aquí está la revelación completa de la ira de Dios. Aquí está la espada de la justicia de Dios, despierta contra el Hombre que es compañero de Dios (Ezequiel 13:7). Esto es lo que la justicia de Dios demanda. La espalda no podía ser retirada hasta que hubiera perforado. ¡No hay respuesta! Esta es la revelación de la ira de Dios, porque en Gólgota el precio tenía que ser pagado; tenía que ser satisfecha la justicia, y la demanda tenía que ser cumplida.

Congregación, ¿conoces algo del silencio de Dios? ¿Conoces esa profundidad? No, no me refiero a cómo sufrió Cristo, cómo el Fiador. Sin embargo, este Salmo es un Salmo de David. Cristo citó las palabras de David. Los hijos de Dios experimentan esta profundidad; ellos saben lo que significa cuando Dios mantiene el silencio. En otras palabras, saben algo de la ira de Dios; saben de esa amarga aflicción del alma, cuando reconocen que es su culpa que el enlace con Dios esté roto, y que es por causa de lo que ellos están haciendo, por causa de su alma no convertida. Procuran restaurar la comunión con Dios. ¿Por qué? Porque están siendo perseguidos por la espada de la justicia de Dios.

Cuando David escribió: “*Clamo de día, y no respondes,*” él tenía miedo de perecer bajo el juicio de Dios. Nos ponemos inquietos y hacemos muchas promesas, intentando convencer a Dios de que quite Su espada de nosotros: “Señor, ¡se paciente conmigo y pagaré el precio!” Prometemos mejorar nuestras vidas, reformar nuestras vidas. Prometemos hacer mucho de esto, y ser mucho más activos en aquello, con el objetivo de escapar del juicio y de la ira de Dios. Oh congregación, cuando la mano del Señor pesa

sobre nosotros, y cuando Él expone nuestra vida y pone nuestros pecados vivamente delante de nuestros propios ojos, cuando el Señor descubre el fondo de nuestros corazones con la luz del Espíritu Santo, ¿no estaría el alma en profunda angustia? En esa condición, David clamó: “*Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu.*” (Sal. 51:9-10.) Cómo presiona el pesado enojo de Dios sobre nosotros, (y no sólo el pecado en general). Cómo Su ira pesa sobre nosotros, y Su eterna justicia. ¡Cómo nos persigue! Vemos las puertas de la condenación eterna abiertas ante nosotros, como la única entrada que hay, para perecer para siempre bajo la ira de Dios, eternamente atormentados y eternamente en dolor.

David dice en el Salmo 116: “*Me rodearon ligaduras de muerte, me encontraron las angustias del Seol.*” Tal es esta experiencia de “*Tú no respondes*”. Significa que no hay comunión con Dios, sino más bien una separación. Y los hijos de Dios sienten esta separación; sufren por ella; lloran, se lamentan de todo corazón por esta separación. Un clamor surge desde lo profundo de su corazón, para que esta brecha sea reparada, que puedan ser reconciliados con Dios, que la relación rota pueda ser restaurada, que un vínculo de amor pueda ser establecido. Congregación, comienzan a mendigar y a suplicar ante el trono de gracia. David dijo: “*Clamo de día.*”

A veces reciben consuelo, ánimo e instrucción de la palabra de Dios. A veces reciben esperanza y se sienten animados. Comienzan a pensar que su relación con Dios está mejorando. Pero oh, cuando descubren que la comunión rota no está restaurada por el ánimo, ni el consuelo, cuando el Señor hace que la luz de Su Espíritu brille, entonces se vuelve realidad, *Tú no respondes*. La comunión no está restaurada. La relación rota no está reestablecida. Entonces ahí se vuelve realidad que todas sus justicias son como trapos de inmundicia. Ellos experimentan el estar desnudos y expuestos delante de Dios, porque su pecado y su culpa aún no han sido borrados, ni su injusticia reconciliada. Entonces se vuelve realidad que todas sus obras, todos sus ánimos y experiencias no pueden salvarlos. *Tú no respondes*.

Congregación, ¿sabes qué queda? Queda un infierno que nos espera, una conciencia convencida y un Dios justo. Eso es lo que leemos aquí: *Tú no respondes*. A las puertas de las tinieblas eternas yace un

ofensor, un pecador rendido, un malhechor sin esperanza. Es un pecador desnudo, contaminado en su propia sangre. *Tú no respondes*. Del lado del pecador, la salvación parece ser no posible; esto es lo que estas palabras significan. Cuando Dios queda en silencio, cuando Él no responde a nuestro clamor, cuando la ira de Dios reduce nuestras vidas que languidecen, entonces nuestro camino y la esperanza de salvación está cortada para siempre.

Congregación, este Salmo fue escrito por David, pero se hizo realidad en la vida de Cristo, el Fiador. Y el Fiador es el Sustituto. Él tomó el lugar de Su Iglesia, y así se volvió su Fiador. Todo fue echado sobre Él. Para Él se volvió realidad: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” ¡Y no recibió respuesta! Él fue olvidado por Dios; descendió a las profundidades de la ira de Dios como sustituto. Dios no es injusto; Él no requeriría que el precio se pagara dos veces. Cristo pagó de una vez por todas, y la totalidad de la culpa de Su iglesia fue echada sobre Él.

Cuán precioso llega a ser Su sufrimiento entonces. ¡Cuán atesorado es este silencio! Verdaderamente, ¡éste es un silencio de amor! Lo consideraremos en el tercer punto, pero primero cantaremos todas las estrofas del **Salterio 83**.

3. El silencio de Dios muestra su amor

Congregación, el silencio de Dios fue una experiencia extremadamente difícil para Cristo. Sin embargo, si podemos ver la obra acabada detrás del silencio de Cristo, entonces podemos entender que este silencio - *Tú no respondes* - es un silencio de amor. ¿Qué hubiera pasado si Dios habría escuchado y respondido? En ese caso, Jesús habría bajado de la cruz, y Su sangre, la sangre de Su sufrimiento y muerte, la sangre de reconciliación, no habría sido derramada. No habría muerto. Si él hubiera recibido respuesta y hubiera sido escatimado de la Cruz, entonces Él habría recibido una respuesta, ¡pero la Iglesia de Dios no! Entonces los hijos de Dios nunca pudieran haber sido salvados. ¡Su Iglesia nunca hubiera podido ser redimida! Todo su trabajo habría sido en vano. Entonces todos los hijos de Adán, concebidos en pecado y formados en iniquidad, se habrían perdido para siempre. Pero ¡no! Cristo no recibió respuesta; por tanto Dios tiene respuesta para Su pueblo.

El poeta del Salmo 116 lo experimentó: “Me rodearon ligaduras de muerte; me encontraron las angustias del Seol; angustia y dolor había yo hallado. Entonces invoqué el nombre de Jehová, diciendo: Oh Jehová, libra ahora mi alma”.

Oh, congregación, esta oración podría ser hecha, pero nunca habría podido ser respondida si Cristo hubiera recibido respuesta. Pero por causa de que Él no fue escuchado — cuando Él, en las profundidades de su humillación, experimentó la ruptura de la relación, pero también la restauró cuando pagó el precio — ahora la Iglesia puede cantar: “Jehová escuchó, y a Él le doy mi devoción”.

También pienso en Jacob cuando dice: “*Y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia*” (Génesis 35:3). ¿Sabes por qué el Señor en Su amor y misericordia escucha la oración, la súplica y el clamor de sus hijos en angustia? ¿Por qué? ¿Es porque oramos muy bien? ¿Es porque sentimos nuestra necesidad muy profundamente? o ¿Es porque tenemos un corazón roto? ¿Es porque sabemos que somos indignos? No, congregación, ninguna de estas cosas cuenta. Hay sólo una razón por la cual el clamor del necesitado y pobre pecador es escuchada: es porque Jesucristo no fue escuchada. Él pagó el precio y dio completa satisfacción. Él, en la profundidad de una comunión rota, sufrió una agonía infernal y dolor en cuerpo y alma. Estaba rodeado de ligaduras de muerte. Estaba en agonía y gran pesadez por causa del dolor infernal en cuerpo y alma, mientras pagaba el precio y hacía expiación por el pecado. Él satisfizo completamente las demandas de Su Padre.

Para Cristo, el silencio de Dios fue la revelación de Su enojo y Su eterna ira. Sin embargo, para los hijos de Dios, esto se convierte en silencio de amor, y así, en Cristo Jesús, el amor de Dios es revelado: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.*” (Juan 3:16). En esto consiste el amor eterno del Padre acerca de su elección proclamada: que si bien no respondió al clamor de Cristo, aun así de esa manera la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. En esto consiste el amor del Hijo proclamado, que Él fue sumiso en bajar a este abismo y a sujetarse a la infinita ira de Dios. Porque Él amó a Su esposa con amor eterno. Así Él se dio a Sí Mismo, ya desde la eternidad: “*El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón.*” (Salmos 40:8). Aquí el corazón amoroso del Padre y del Hijo se

revela para el bien y el bienestar de Su iglesia mientras ella es rodeada de las ligaduras de la ira de Dios y atada por las cadenas de Satanás. Entonces, basado en la justicia de Cristo, es decir, Su justicia merecida, en el cielo habrá un oído atento, escuchando el clamor de los pobres y necesitados pecadores.

David testifica de eso: *“Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias.”* (Salmos 34:6). El Salmo 65 llama al Señor *‘Tú [que] oyes la oración.’* Y en el Salmo 116 leemos: *“Amo a Jehová, pues ha oído Mi voz y mis súplicas; porque ha inclinado a mí su oído”*.

Él inclina Su oído, porque el clamor de Cristo no fue escuchado. Y a través de la obra terminada de Cristo, el Señor inclina Su oído a un pobre pecador que llama. Algunos de nosotros podemos testificar de esto, diciendo, *“¡Si, es verdad! ¡Él me ha escuchado!”* Algunos de nosotros, oh, quiera Dios que todos, congregación, pudiéramos testificar de esta experiencia: *“¡Él escucha mi voz! No por algún mérito de mi lado, sino que ¡Él escucha mi clamor por el bien de Cristo!”* Oh, ¡cuán precioso se vuelve Cristo entonces! Ahí el corazón entona: *“Mi alma rebosa, con palabra buena; al Rey Divino canto yo; mi lengua Le alaba”, y “Tú eres tan hermoso, La gracia en Tus labios...”* (Salterio 124:1, 2)

Por las sangrantes heridas, congregación, desde la profundidad de la relación rota, brota la fuente de vida. Por la obra redentora de Cristo, a través de Su sufrimiento y muerte, la Iglesia canta: *“Tú gracia perdonadora nos ha librado, y ha cubierto nuestro pecado”*.

Quizá algunos de nosotros hemos dejado de clamar al Señor y hemos dicho: *“Esto no ayuda.”* Quizás tú has intentado hacer que el Señor te escuche pero te has dado por vencido. También los jóvenes, a veces superados por todo tipo de pensamientos y deseos, o cargados con diferentes necesidades de la vida, física o mentalmente, se han dado por vencido. ¿Por qué? Oh, congregación, debes saber esto: aquí hay uno que no se dio por vencido. Él no fue escuchado; sin embargo perseveró hasta el final, cuando dijo: *“¡Consumado es!”* (Juan 19:30). ¡No te rindas!, sino ríndete de confiar en ti mismo. Ríndete de presentar tu justicia propia con el objetivo de ser recompensado con un oído oyente en el cielo. Rinde eso, porque tú no tienes ningún mérito. ¡Que se levanten en tu corazón estas palabras: “Por el mérito de Cristo! Ya que Él no fue escuchado, oh Dios, ¡otorgarme un oído oyente en sus méritos!” Haz de la preciosa sangre de Jesús y del sufrimiento y la muerte del Fiador y Salvador el fundamento de tus oraciones y la única

base para esperar que Dios te escuche y restaure la relación rota.

Congregación, el Señor aún “guarda a los sencillo... Tú has librado mi alma de la muerte” (Salmos 116:6, 8). Despojado de toda justicia propia y méritos, veremos a nosotros mismos como culpables y pecadores perdidos, y confesaremos: “Oh Dios, Tú eres justo si guardaras silencio para siempre, y si Tu ira estuviera eternamente sobre mí, y si bajara al pozo de la destrucción y su boca se cerrara sobre mí para siempre. Señor, Tú eres infinitamente justo y no puedo hablar en contra de ello, ni puedo exigir nada. No obstante, Señor, Te ruego en el Nombre de Él quien ha ido allí antes. Oh, deja que Sus méritos, deja que Sus obras queden selladas en mi corazón. Déjale interceder como el Fiador que tomó mi lugar.” De esta manera, a veces la mano de fe es puesta sobre este Sacrificio, y la comunión rota está restaurada. Entonces, oh congregación, la vida brota en nuestros corazones, la vida a través de Él y por Él. Esa vida se convierte en una fuente de la cual brota la vida eterna.

Congregación, ¿Dios ya no te escucha? Déjame preguntarte algo diferente: ¿Aún oras a Él? Quizás te quejas: “Dios ya no escucha”, pero ¿puede ser que en lo profundo de tu corazón, ya no pides? ¿Será la razón por la cual te quejas: “Tú no respondes”?

Quizá aún haces los pasos, como el padre y sacerdote en tu familia, o cuando doblas tus rodillas antes de ir a la cama. Jóvenes, ¿es este quizá el caso en tu vida? Con toda honestidad, no podemos llamar más a nuestras peticiones, oraciones. No son súplicas reales nacidas de una necesidad viviente. Son meramente costumbres, o una forma vacía y fosilizada, la cual posiblemente aún llares oración, pero realmente no estás pidiendo. En lo profundo estamos ofendidos de que Dios no responde. Pero, congregación, el problema se encuentra en esto: ¡que realmente no estamos pidiendo!

Qué yo pudiera hacer impresionar esto en tu corazón: ¡Continúa tocando la puerta! Aunque hayas perdido tus derechos y la separación sea un hecho, una realidad insalvable desde nuestro lado, con todo, te animo a rogar: “Oh Dios, escúchame una vez más, por el bien de Jesús. Escucha a este pobre y necesitado, porque no puedo ayudarme más a mí mismo. Señor, no tengo a dónde ir; no puedo ir adelante, ni hacia atrás, pero escúchame, ¡por el mérito de Cristo!” Encontrando apoyo en Su muerte y Su sufrimiento expiatorio, ¿no es este el refugio del alma? ¿No es este la fuente de la fuerza en la vida

espiritual, sólo *de* Él y *a través de* Él y *a* Él? ç

Congregación, puedes estar segura de esto: ya que Dios es el fiel y verdadero, Quien nunca olvida la obra de Sus manos, por tanto seremos llevados fuera de las tinieblas de las profundidades de nuestra miseria, y aún experimentaremos la comunión con Él cuando seamos restaurados sólo por Él. Entonces nuestro corazón se llenará de gozo, y nos uniremos cantando: “Sólo por el Nombre de Jesús”. Amén.